Trabajos literarios realizados en el

Taller literario de la Embajada Argentina en Francia
dirigido por **ALICIA DUJOVNE ORTIZ**

La Lili

Un cuento de **ALFREDO BENIALGO**

La Lili

La chica se llama Liliana, pero para todo el mundo es La Lili.
Es linda La Lili, muy linda y joven. Trabaja de secretaria en un juzgado. Habla mucho y hace ademanes al mismo tiempo que habla. No importa el estado de ánimo en el que se encuentre, alegre o triste, enojada o tranquila, La Lili habla haciendo ademanes siempre. En la oficina la cargan, le dicen, por ejemplo:
"Sin aspavientos Lili, que te ponés fea".
Ella se ríe y contesta:
"Y bueno, que quieren ¿soy tana, no?"
Enseguida deja las manos quietas por un rato nada más y después de a poco empieza de nuevo hasta que la vuelven a cargar. Así todo el tiempo. El juez también la carga. El juez es el Jefe, no importa el nombre, él es el Jefe.
La Lili ahora está con una mano atrás y otra adelante. No es metáfora, está así parada en el medio de la habitación. Habla mucho, rápido y fuerte. La mano que tiene adelante, la derecha, se puede ver, la otra, la izquierda, no porque la esconde atrás, en la espalda. Le habla al Jefe.
La Lili está enojada y así parece más linda de lo que es. Ah, otra cosa, está desnuda y además de mover la mano para hacer los ademanes que hace siempre que habla, también la usa cada tanto para taparse la motita triangular de pelos que tiene entre las piernas, como si por momentos se acordara de que no tiene ninguna ropa puesta y le diera vergüenza.
El Jefe está sentado enfrente de La Lili, cerca, a centímetros. Esta vez no la carga a pesar de que ella habla mucho más que de costumbre. Se nota que La Lili está enojada, porque le apunta con el índice al Jefe y se lo agita casi rozándole la narizota.
El Jefe tiene nariz de berenjena y un flequillo rebelde que le tapa media frente como el de Alf, el alienígeno. Pero nadie le dice Alf, le dicen Jefe.
La Lili por momentos levanta la voz aunque no grita, dice esto y lo otro y de aquí y de allá. Llama la atención que actúe de esa manera porque siempre ha sido una chica muy respetuosa tirando a sumisa. Sobre todo con el Jefe a quién más que respeto parece tenerle miedo.
Por momentos el Jefe parece que se infllara; abre mucho los ojos, se le hinchan las venas de la frente, transpira y le tiembla el flequillo de Alf, el alienígeno.
Ah, el Jefe también está desnudo. A veces adelanta el cuerpo hacia La Lili todo lo que puede y hace tanta fuerza que da la impresión de que va a reventar. Se cansa y larga un resuello de búfalo agotado, se afloja, mira con cara de odio a La Lili un rato mientras toma aire y otra vez de golpe se larga al ataque ese de inflarse como un sapo tragando cascarudos.
La Lili no afloja con el dedito como un ariete contra la nariz del Jefe. Más se infla el Jefe, más levanta ella la voz y más le agita el dedo en la narizota de Alf, el alienígeno.
De la bronca que tiene, La Lili no se da cuenta de que, cada tanto al Jefe se le aliviana la mirada. Es cuando ve sus tetas fabulosas que tiemblan a centímetros de distancia un poco por detrás del dedo acusador. Tetas que el Jefe nunca hasta ahora había visto, pero sí imaginado.

La Lili descubre de pronto hacia dónde se dirige esa mirada y le cruza la cara de un revés al Jefe. Entonces el Jefe se infla mucho más y hace tanta fuerza y se revuelve tanto que la silla se bambolea y hace quejidos de madera. Lagrimea más el Jefe y, de la narizota, junto con este resuello de locomotora que le salió ahora más potente que el anterior, le cae una cascadita de mocos.
Mucho más no puede hacer porque está amarrado a la silla como un matambre y amordazado con cinta de embalar.
La Lili ha retrocedido un paso pero no de miedo. Mira al Jefe moviendo la cabeza despacio de derecha a izquierda con gesto de asco. Espera callada a que al Jefe le pase el ataque.
-¡Baboso! -dice, entre dientes- ¡Baboso!
El Jefe parece haberse tranquilizado, por lo menos no se mueve tanto y respira un poco más despacio y sin bufidos.
La Lili también está más tranquila. Ha dejado de hablar y de hacer ademanes.
El jefe ha ladeado un poco la cara, sus ojos recorren la habitación, los entrecierra, aguza, parece explorar todos los resquicios. Respira con cuidado recuperando el aire.
La Lili separa un poco las piernas, pisa firme, habla con ademanes, como siempre, pero sin apuntar con el índice acusador, aunque echa chispas por los ojos.
-¿Sabe qué es lo que me da más bronca?
El Jefe la mira receloso, un búfalo con mirada de zorro.
-Que me haya visto como víctima.
Ahora la mira directamente y parece murmurarle algo en su lenguaje de búfalo.
-Sí -La Lili se vuelve a enojar- Usted se dio cuenta de que el secretario y yo fuimos los que vaciamos la cuenta del juzgado. Pero le erró feo al creer que él era mi seductor y yo su víctima ¡Porque, claro, resulta que para el señor todas las mujeres somos una manga de boludas, incapaces de tener iniciativa propia! ¡Pues bien, desayúnese, señor Jefe! ¡Yo lo seduje a él, lo convencí de vaciar la cuenta y le expliqué la manera de hacerlo! ¡Ja! Le convertí al secretario de confianza en un delincuente.
Y otra vez el Jefe va a reventar de las ganas de atropellar a esa harpía de lengua venenosa. Resuello, mocos y lágrimas de búfalo. Las venas como caños en el cogote, en los brazos.
Pero La Lili no se achica, ataca otra vez con el dedo y avanza el paso que había retrocedido.
-¡Y otra cosa más! Eso que me dijo anoche de que él debía estar en ese momento disfrutando el producto de su crimen en una playa caribeña junto al mar después de haberme dejado solita acá a pagar los platos rotos, la verdad que como estrategia para acostarse conmigo fue francamente infantil. Ese secretario suyo, tan machista como usted, no está junto al mar caribeño sino en el fondo del Río de La Plata, que es adónde lo mandé hace dos días.
El Jefe búfalo la mira ahora con espanto, encoge el cuerpo en la silla y hace fuerza para atrás queriendo escaparle a esa mujer de tetas formidables y ojos como dos puñaladas. Pero ¿adónde va a escapar un búfalo maneado y con bozal por más Jefe que sea? Además ¿qué es ese ruido a cosa que cruje en el piso cuando esa mujer se le vino recién

un paso encima para gritarle en la cara?
No cruje nada: ese ruido que confunde los oídos del Jefe es un nylon grande de color negro extendido sobre el piso.
Y La Lili que no afloja:
-Pero lo que más más bronca me da de todo es que haya pensado que yo era tan fácil, que me iba a acostar con usted a cambio de que no me denunciara ¡Ni loca! ¿Me escuchó bien? ¡Ni loca! Le digo más, estoy desnuda adelante suyo por una cuestión práctica: no me puedo arriesgar a mancharme la ropa de sangre.
El Jefe se ha quedado tan quieto y se ha puesto tan blanco que parece una estatua de sal. La Lili cree que no la escucha.
-¡Hey! –grita- ¡A usted le estoy hablando!
El sobresalto que sufre el Jefe es tan grande que sus músculos se desbocan, su cuerpo convulsiona y la silla se bambolea y cae finalmente hacia atrás.
Se golpea la cabeza, se aturde.
La Lili se acerca y lo mira de arriba estudiándolo. Ya no esconde en la espalda la mano izquierda con el cuchillo de cocinero. El Jefe parece hipnotizado. La Lili mira el cuchillo y se da cuenta de lo que le está pasando al Jefe.
-Ay, sí, perdón, es un poco cruel. Con un arma de fuego sería mejor. Pero ¿cómo hago yo a esta altura para conseguir una? De comprarla legalmente, ni hablar. Sería estúpido. Bueno, le juro que va a ser rápido.
La Lili se agacha un poco, apoya la punta del cuchillo en el corazón del Jefe y lo sostiene del cabo con las dos manos. Lo aguanta así, vertical, unos segundos. Después apoya la planta del pié izquierdo en el extremo del cabo. La Lili es zurda, recordemos.
El Jefe, búfalo ya del todo en el matadero, maneado, casi en el carneo, esfínteres sueltos y enchastrado, mira, tal vez sin querer, el tajo de La Lili en primer plano. La Lili se da cuenta.
-¡Son todos iguales! -dice, mientras pisa con fuerza el cuchillo.

© ALFREDO BENIALGO
alfbenialgo@gmail.com